

**HILARIO TUNDIDOR, *EL ACONTECIMIENTO POÉTICO. LA CULPABILIDAD DE LAS IMÁGENES*,
MADRID, CUADERNOS DEL LABERINTO, 2016, 213 PP.**

JOSÉ MARÍA BALCELLS DOMÉNECH
Universidad de León

Situado cronológicamente entre los poetas de los sesenta, pero sin dejar de reconocer que la obra poética de Jesús Hilario Tundidor (1935) no facilita adscripciones grupales, gracias a sus características, este escritor zamorano es uno de líricos hispánicos contemporáneos más interesantes, como lo avala una trayectoria que, aunque iniciada en 1968 con *Río oscuro*, por no superar este conjunto el nivel de tentativas, en rigor comienza con *Junto a mi silencio*, obra aparecida en 1962. Desde esa entrega lírica segunda la poesía tundidoriana ha ido creciendo libro a libro en calidad literaria y en progresivo reconocimiento por parte de los lectores y críticos más exigentes. En dos volúmenes editados por Calambur se recogieron en 2010 todos sus libros de poemas con el título de *Un único día*, título en el que puede subyacer la contemplación de su entera

creación poética como un todo unitario. Pero también este autor ha escrito prosa, buena parte de la cual reviste caracteres ensayísticos y gira en torno a su propio quehacer poético, al de otros poetas y a qué sea o pueda ser la poesía misma.

De varios poetas podríamos afirmar también que han escrito sobre su literatura y sobre la ajena y que han reflexionado sobre la poesía. Pero Tundidor destaca entre ellos porque lo ha hecho repetidamente, y cada vez que ha dado a la estampa apreciaciones personales sobre el género han llamado la atención esos artículos, o notas, o conferencias, o estudios al respecto, y la llamaron en virtud de la gran originalidad de sus puntos de vista y del profundo calado de su pensamiento, en el que convergen sus lecturas de filosofía y de los

teóricos de la literatura de más relevancia actual. Por esta razón es importante que en Cuadernos del Laberinto se hayan unido tales páginas teóricas, no pocas reelaboradas, a las que se añaden textos inéditos al respecto.

Tundidor antepuso a este libro la titulación de *El acontecimiento poético*, subtitulándolo *La culpabilidad de las imágenes*. Al margen de lo que tales título y subtítulo puedan sugerir en los lectores, en diversos lugares de la obra se encuentran concurrencias que debieran acercarnos al sentido más cercano, o a la pluralidad de ellos, que el poeta pudo querer darle a ese frontis. En un lugar leemos, por ejemplo, que «el poema es como acontecimiento creador un misterio». (p. 20). En otro está escrito que en el verso «se representa el acontecimiento fugaz de lo humano» (p. 103). Pero también se dice que la poesía es un «acontecimiento cultural» (p. 101), entre otras aproximaciones suyas a lo que pueda entenderse por poesía. No hay, así pues, una univocidad de uso en el empleo del concepto acontecer, del que se vale el autor de manera polivalente: acontecimiento creador, acontecimiento que sucede en el existir, y acontecimiento cultural. Esas tres acepciones se amalgaman en el título propiamente dicho de este libro.

Acerquémonos ahora al subtítulo *La culpabilidad de las imágenes*. También en este supuesto son varias las concurrencias textuales de esta aseveración poética. Dando por obvio que a la poesía y a las

imágenes no puede responsabilizárseles de culpa alguna, sino que esa culpa, de haberla, habría que achacársela a su creador, el sentido que a mi juicio podría darse a esta subtitulación sería el siguiente: en las imágenes quedan reflejadas acciones voluntarias de quien las creó como, por ejemplo, sus manipulaciones emocionales, sus rupturas de códigos, sus invenciones literarias, sus transgresiones lingüísticas «productoras de imágenes poéticas» (p. 104). La ninguna culpa de las imágenes radica, por tanto, en que en ellas se manifiestan esos y otros desvíos del uso idiomático y del legado literario que genera la mente del poeta.

A quienes conozcan la obra creadora de Tundidor, y algunos de los comentarios que sobre ella se han hecho, debe resultarles familiar aquel punto de vista del escritor zamorano que postula el ligamen de la creación poética no solo al sentimiento, sino a las vivencias en las que el sentir bulle, las pasionales. Esta perspectiva podrán leerla en distintos sitios del libro que reseñamos. La fórmula en los compases iniciales de la obra casi como si se tratase de una declaración de principios consustancial a su modo de ser, y por tanto invencible para sí mismo, y en verdad eso es lo que constatan siempre quienes lo leemos y lo conocemos personalmente, encontrándonoslo ahora rubricado con estas palabras: «Yo soy un hombre apasionado. Esto es clave en mi comportamiento, no sé guardarme la emoción que me producen algunas personas, algunos libros, algunos

paisajes...]» (p.20). Esta clave que reconoce y confiesa propia de su idiosincrasia más arraigada la convertirá en teoría universalizable al sostener que «Escribir poesía es apasionar la inteligencia y clarificar la emoción del conocimiento...]» (p. 81). Y todavía va a conferir más amplitud a esta clave cuando la vincula al arte que a su juicio de veras lo es, y que, en consecuencia, logra pervivir, según se lee en la cita que traslado: «El Arte que no apasiona, tanto en la sentimentalidad como en la reflexión, no se perpetúa» (p. 91).

Serían incontables las ocasiones en las que hemos podido leer en unos u otros poetas españoles que no hace al caso nombrar, ahorrándonos una lista muy larga, asertos teóricos sobre la poesía en los que se la liga, no sin pretensiones que rozan la desmesura, con el descubrir, o con el conocer, así como con diferenciadas clases de salvación personal a vueltas de la artística. Lo apunto porque sobre estos tres puntos las reflexiones tundidorianas se nos muestran muy particulares, atendibles y de ponderado vuelo hiperbólico. Tocante a la cuestión del descubrimiento, asevera el poeta que la «verdadera poesía no descubre nada, sino que redescubre, desvelándolo, aquello que existe» (p. 89) tanto en la materia como en el espíritu, lo que supondría un hallazgo de lo que se desvela, continúa argumentando. Por lo que hace al supuesto conocer que cabría asociar a la poesía, más que con el conocimiento, la relaciona con la interpretación de «la realidad

nouménica del fenómeno» (p. 67). Por último, y en lo que concierne al concepto de salvación, Tundidor lo concibe como «necesidad de salvación ontológica y búsqueda y reconocimiento de mi propia personalidad como poeta» (p. 77). Este enfoque del concepto salvación nos parece bien coherente con lo que asegura al cabo del párrafo primero de su texto «El hacer del deshacer», donde puede leerse, con relación a su obra poética, que «Cuando ella concluya habrá acabado mi fundamentación en el mundo y no tendrá sentido mi existencia-en-mí» (p. 35).

Son muchas las vertientes de *El acontecimiento poético* en las que pudiéramos abundar aquí si pretendiésemos ir más allá del espacio convencional de una reseña. Quede para otros compromisos futuros hacer referencia a los aludidos aspectos, que solo anotaré escuetamente. Cito cuatro actos seguidos: su experiencia sobre las diferenciadas fases de la creación poética; sus apreciaciones a propósito de distintos poemas suyos, en algunos de los cuales nos muestra la estrecha simbiosis entre su pensamiento y lo que se expresa en los versos; su análisis demorado de una de sus obras más logradas, *Mausoleo*, aparecida en 1988, análisis que intituló «Segunda introducción a *Mausoleo*»; y en cuarto lugar su escrito rememorando las circunstancias biográficas en las que fue creando cada una de sus obras, escrito de excepcional importancia que habrá de tenerse en cuenta cuando se las someta a estudio riguroso, porque de otra manera no se acercarían los analistas a

esas dimensiones poéticas en las que se conjugan vida y poesía. Como anotación final, señalo como muy útil la bibliografía tan completa y bien organizada que se ha incorporado al término de este libro.